

cósmica del barroco se ofrecen exploraciones sobre los diferentes aspectos de éste incluyendo el fatalismo, los laberintos y la circularidad y ponderación presentes en sus novelas y la obsesión con el tiempo y la falta de conclusión de sus relatos. Relatos en los cuales el tiempo llega a tener, según Márquez Rodríguez, un papel protagónico. Otro tema abordado por el crítico es el de las realidades tanto políticas como sociales presentes en la Latinoamérica de Carpentier que fueron fuente inagotable de inspiración para el propio novelista y de cómo ayudaron a forjar su ideología.

El libro se enriquece con la inclusión de un capítulo inédito sobre la creación teatral carpenteriana con un enfoque especial en *La aprendiz de bruja*. Aunque la obra previamente mencionada es la única formalmente escrita para teatro, se incluyen numerosas formulaciones vinculadas de una u otra forma a este género literario. Entre estas se encuentra el análisis de catorce poemas afrocubanos redactados para ser musicalizados, el libreto para un ballet afrocubano y otro para una ópera bufa. Esta estrecha relación de Carpentier con el teatro queda de manifiesto en gran parte de su creación. Tanto *El reino de este mundo* como *Los pasos perdidos* contienen varios pasajes en los que se hace referencia al teatro. Con un juicio exhaustivo de dicha producción teatral, Márquez Rodríguez se enfoca en piezas que pertenecen a las diferentes etapas creativas del autor cubano incluyendo algunas escritas y montadas en París cuando éste estableció su residencia en la capital francesa. Otras fueron escritas a su regreso a Cuba a finales de los años treinta y principio de los cuarenta, manteniéndose inéditas hasta después de la Revolución Cubana. *La aprendiz de bruja*, desarrollada durante sus años de estancia en Venezuela, contribuye al enriquecimiento de este importante capítulo sobre la trayectoria teatral de Carpentier.

La cabalidad y el nivel crítico de las apreciaciones realizadas por Márquez Rodríguez hacen de este texto una lectura obligatoria para todo el que tenga un interés en un acercamiento a la literatura de Carpentier. Presentado con un lenguaje sencillo, sin perder la precisión que permite al lector una mayor asequibilidad al texto, Márquez Rodríguez logra un producto de que debe ser considerado imprescindible en cualquier estudio carpenteriano.

Andreína Ledezma
University of Central Florida

Sánchez Prado, Ignacio M. *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*. West Lafayette: Purdue UP, 2009. ISBN: 978-1-55753-538-2. 321pp.

¿Cómo se forman los campos literarios en cierto momento histórico? ¿Cómo se construyen “naciones intelectuales” capaces de luchar contra una hegemonía? ¿Y por qué importa estudiar sus particularidades desde la actualidad mexicana y sus debates culturales? Considerando que los campos literarios son, al decir de Pierre Bourdieu, espacios institucionales y simbólicos de autonomía relativa al campo de poder, en tanto que producen sus propias lógicas y sus propios ambientes culturales (6), en este libro Ignacio M. Sánchez Prado fija la mirada crítica en un grupo de autores y personajes paradigmáticos que transforman el discurso literario mexicano creando nuevas genealogías textuales a partir de la segunda década del siglo XX. Entender estas fundaciones intelectuales es fundamental, especialmente ahora que desde múltiples ángulos se sigue explorando “lo mexicano” y “lo nacional” o diversas metáforas relacionadas con una supuesta “mexicanidad”.

Para explicar concretamente cómo se forma un campo intelectual Sánchez Prado transporta a sus lectores hasta las puertas de 1925, momento en el que la legitimidad de los proyectos literarios se pone en cuestionamiento. Tomando en cuenta la labor de Francisco Monterde, Manuel Maples Arce, Ramón López Velarde y Alfonso Reyes, Sánchez Prado revive las pugnas entre los virreinalistas y nacionalistas, o entre la literatura afeminada y la viril, justo en las primeras décadas del período posrevolucionario en que florecen las publicaciones y las casas editoriales. De gran valor es su definición del intelectual en torno a estas personalidades literarias dentro del campo de producción cultural. Entre todos ellos, Sánchez Prado distingue a Jorge Cuesta por “establecer un conjunto de prácticas dirigidas a marcar un espacio autónomo concreto con respecto al Estado” (84). Además el crítico señala a Alfonso Reyes como promotor de un proyecto alternativo de intelectualidad mexicana. Y es que Reyes, como pedagogo y gran fundador de instituciones educativas como El Colegio Nacional y el Colegio de México —y también del Fondo de Cultura Económica— cumple con la meta humanista de “educar y proveer a la cultura

mexicana de una genealogía histórica consistente" (150). Esto y más anota Sánchez Prado al examinar de cerca *La crítica en la edad ateniense* y *El deslinde*.

Siguiendo por este camino y pensando en el occidentalismo como discurso o deseo de modernidad, Sánchez Prado lo define como "el recurso de ciertos elementos del campo literario mexicano para constituir posiciones intelectuales de autonomía crítica a partir de la utilización del 'archivo' cultural de 'Occidente' [Europa] como estrategia de articulación de naciones intelectuales" (154). Lo importante aquí es que aunque el occidentalismo proviene de múltiples y complejas prácticas de colonialidad, frente a los discursos hegemónicos con relación a "lo nacional", "lo auténtico" y "lo nuestro", paradójicamente dicho occidentalismo representa posibles "espacios de libertad dentro del campo literario" (155). Por eso, al explorar a fondo el cuestionamiento del ser nacional, Sánchez Prado nos recuerda que Reyes "nunca abogó por rasgos particulares del mexicano, sino por un sistema de genealogías históricas que concedían a México y a América un conjunto de características definitorias en el nivel del devenir y no de su ser" (199). Así el crítico pone en tela de juicio la vigencia de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, o la formación de mitos nacionales que sólo son aceptables al borrar conflictos de clase, raza y género propios de una sociedad. He ahí una de las mayores contribuciones de este estudio.

Valiéndose de un sólido marco teórico y dialogando con renombrados pensadores como Evodio Escalante, Jorge Aguilar Mora, Roger Bartra y Claudio Lomnitz, entre otros, Sánchez Prado expone en este libro una serie de genealogías intelectuales que hablan de un impulso compartido por crear una literatura nacional. El crítico nos ofrece una lectura histórica y a la vez política de diversas alternativas contrahegemónicas producidas desde la literatura, como se observa en las revistas *Contemporáneos*, *La Falange*, *El Universal Ilustrado* o *Antena*. Al pasar de un capítulo a otro leemos con nuevos ojos *Los de abajo*, y, así también, revisamos la "Suave Patria" de Ramón López Velarde, "La sonrisa" de Alfonso Reyes o la *Antología de la poesía mexicana moderna* con la que un grupo de intelectuales (como José Gorostiza, Salvador Novo, Carlos Pellicer o Xavier Villaurrutia), liderados por Jorge Cuesta, se enfrenta al nacionalismo viril. De esta forma Sánchez Prado despliega ante nosotros "un espacio de pensamiento de México fuera de las recurrencias del mestizaje y los estereotipos" (242).

Si las "naciones intelectuales" que el crítico estudia a lo largo de cuatro capítulos bien documentados representan la tradición de aquellos que a principios y mediados del siglo pasado se oponen al conformismo, en su libro también encontramos el inconformismo de un intelectual que a las puertas de un nuevo milenio se rebela contra las lecturas que aún hoy tienden a reducir la literatura mexicana a un cuadro de costumbres o a México como un país folklórico, en perenne convivencia con sus muertos y calaveras, hundido en el atraso y la inferioridad, en una terrible jaula de predecibles melancolías o un consabido laberinto de soledad. Escrito con la elegancia y erudición que también observamos en *El canon y sus formas* (2002) o en co-ediciones como *El arte de la ironía: Carlos Monsiváis ante la crítica* (2007) y *Entre hombres: masculinidades del siglo XIX en América Latina* (2010), Sánchez Prado nos muestra no sólo cómo se fijan estos y otros tipos y estereotipos nacionales sino cómo combatirlos desde una literatura vanguardista y contestataria que merece nuestra atención.

Oswaldo Estrada

University of North Carolina at Chapel Hill

Susana Cella, ed. *Imágenes, poéticas y voces en la literatura argentina: fundación e itinerarios*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini; Fondo Nacional de las Artes, 2010. ISBN 978-987-1650-08-8. 293 pp.

The year 2010, being the Bicentennial celebration of Independence for several Latin American nations, initiated a series of celebrations and commemorations prompting many specially organized academic studies. *Imágenes, poéticas y voces en la literatura argentina* is a collection of fourteen essays published by Argentina's Ministry of Culture in honor of the country's two hundred years of Independence, begun in May of 1810 with revolutionary activities in Buenos Aires and the establishment of the first local government. In her introduction, Susana Cella, the book's coordinator, discusses how we remember and make sense of our own histories through periodic commemoration. Using fixed time periods, such as a century, allows us to quantify and